

CALLA, TORC

En una pirueta más, Torcuato Fernández-Miranda, senador por designación real, ha pasado de UCD al Grupo Mixto en el Senado. A pocos pueden ya extrañar las permanentes convulsiones del antiguo hombre de confianza de Carrero Blanco. Es un saltimbanqui, un Fregoli, capaz de trocar la camisa, la fidelidad o el pensamiento. Ya hay quien adivina tras la reaparición del profesor asturiano un "golpe encubierto", un golpe "a lo Eanes". Un presidencialismo sobre los partidos con un visto bueno de la OTAN, como en Portugal. Torcuato Fernández-Miranda y Hevia, novísimo duque de Fernández, se ha visto desmentido en sus afirmaciones por el portavoz de UCD, Jiménez Blanco. No es este un obstáculo para el antiguo secretario general del Movimiento. Sabe callar. El imparcial, que se apresura a echar leña al fuego, explicaba así la postura del ex ministro de Franco:

"Y como Fernández-Miranda sabe lo que es la democracia, aunque como tantos y tantos españoles sirviese con lealtad al régimen anterior, ha preferido largarse antes de someterse a la dictadura..."

PRIMER SILENCIO

"Pido perdón. Pido perdón a mis colaboradores —decía con aire contrito—. Servir desde la veracidad es duro, por eso pido perdón". Macilento, sobrecogido, Torcuato Fernández-Miranda, presidente del Gobierno en funciones, se despedía del franquismo para ser sustituido por la mano de hierro de Arlas Navarro. Era la fría España del 5 de enero de 1974.

—Del ejemplo vivo del almirante Carrero surge mi talento futuro en el comportamiento político que hoy inicio —aclaraba el presidente saliente, mientras a su alrededor se procedía a un gran despliegue policial por "si se detectaban levantamientos subversivos".

Salía Torcuato, con su hiriente perfil de cuervo, al retro, al silencio, a preparar su "reentrée" democrática. Como beca se le otorgó la presidencia del Banco de Crédito Local. Para los observadores era una figura más del franquismo que se desvanecía tras su papel en la escena. Para otros había sido un instrumento decisivo de la férrea política del almirante Carrero. Para algunos, asturianos desde luego, era *El Tatu*, un comodín político de insospechados vuelos. Porque *El Tatu* sabe callar.

¿Quién era ese profesor menudo y enjuto que había ocupado todo el escalafón del fascismo retórico, declarándose "socialista sin llegar a marxista; liberal, pero sin llegar al libre mercado; joseantoniano, pero sin ser falangista"? Era, desde luego, el hombre de las palabras técnicas, el

jurista capaz de explicar la *democracia orgánica*, la *legitimidad del golpe* o la *auténtica representatividad* de las "asociaciones". Era el hombre de la palabra precisa (en su mayor parte hueca, formal) y también el hombre de los silencios oportunos. Porque callando, en silencio, se puede acceder al poder. En el fascismo o en la democracia. En la revolución o en el burocratismo. En la República o en la Monarquía. *El Tatu* es el silencio oportuno.

Dicen que en octubre de 1934, siendo estudiante de segundo año de Derecho en la Universidad de Oviedo, su espíritu quedó impactado por el incendio de la vieja Universidad. "No hay revolución que justifique la quema de libros", aseguran que afirmó. Y comenzó a leer al joven Primo de Rivera, que andaba a vueltas con FE de las JONS, y el fascismo circundante de Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma. Leyó pausadamente y permaneció en un sabio silencio. Traba, con tal motivo, contacto con la gente del SEU, Rafael Fernández y Leopoldo Panizo, que lo animan a "entrar" en la Falange. El joven *Tatu* es presidente de los Estudiantes Católicos. Alterna con los falangistas, pero sin comprometerse, lo mismo hace con los de la CEDA y Renovación Española. El estudiante de Derecho es mentalmente un conservador, pero silencioso, sin definir.

SEGUNDO SILENCIO

La sublevación militar de 1936 —que trajo consigo, entre otras miles de secuelas, la destrucción y quema de bibliotecas y Univer-

Fernández-Miranda es efectista, tiene amagos de malabarismo; en las Cortes orgánicas halla su elemento natural.



TUATO, CALLA

sidades— obliga a la mínima definición. *Tatu* se alista como soldado, naturalmente con los "nacionales". Asciende a cabo y hace los cursillos de alférez provisional. Esa ha sido una de las palancas del franquismo. Pocos, sin haber pasado por tan delicado tamiz, consiguieron algo en la dictadura. Y allí está *Tatu*, bota de media caña, "briches" de reglamento, camisa despechugada y cara de niño inquieto, de aguilucho con la estrella de alférez. Consigue una citación en la batalla del Ebro. Ahora, finalizada la guerra, se piensa, el joven estudiante va a denunciar las "quemadas patrióticas" de libros, lo que el fascismo desvergonzado y chulesco llamaba la "Fiesta del Libro". En Madrid, en San Bernardo, en Oviedo, en Valladolid, las piras de libros ardiendo caldean el ambiente. El joven teniente—dos estrellas ya en la galleta—calla. Décadas después, en 1973, diría: "hemos olvidado la guerra para construir la paz, pero no hemos olvidado la victoria". Un largo y rentable silencio.

En 1941, preparando el doctorado en Madrid, llega al Colegio Mayor Cisneros. Allí, por la amistad con Alfredo Sánchez Bella y también por sus excelentes calificaciones, recibe una beca. Hay que alternar la camisa azul con las oraciones. Fascista en lo externo, en lo formal, cristiano en el pensamiento. *El Tatu* en el Cisneros es una síntesis de la posguerra. En 1945 se presenta a cátedra de Derecho Político. Preside Castilla, que ya ha retornado de su aventura hitleriana con la *División Azul* y está acogido, de nuevo, a la *Editorial Católica*, a los propagandistas. El joven Torcuato, que no es falangista pero vive con ellos, no es propagandista—un sucedáneo de la democracia cristiana franquista—, pero raza con ellos que tiene un impecable historial militar y una buena preparación técnica, sale catedrático. Y, naturalmente, calla.

Torcuato es efectista, tiene amagos de malabarismo, de fetichismo electoral americano. Cuando mucho después, en 1969, toma posesión del cargo de secretario general del Movimiento—el segundo después de Franco en la jerarquía fascista que envolvía superficialmente al régimen—. *Tatu* lo hace de camisa blanca. Es un simple proble-

ma cromático. El fascismo es azul. Evitando el color maldito, no se es fascista, aunque se ostente el cargo de secretario general del partido único. Una idea útil.

—Soy y quiero ser ministro de todos los españoles; ese es el significado de que haya tomado posesión de mi cargo con camisa blanca. Pero cuando quiero demostrar mi origen visto mi entrañable camisa azul—explica en unas famosas declaraciones al semanario *Mundo*, en 1970.

A Fernández Miranda se deben algunas de las tesis que han venido coleando en las últimas etapas del régimen de Franco. Elaboraba teorías con la facilidad con la que otros escalaban puestos en Consejos de Administración. El era un teórico, un creador. Así, además de la archifamosa *trampa saducea*, que alegaba cada vez que algún periodista avisado le indicaba una contradicción, el siempre joven Torcuato desarrolló la tesis del "socialismo integrador"—síntesis, decía, entre liberalismo y socialismo—, que recorrió algunos Colegios Mayores de la larga década de los 50. De catedrático llegó en un salto a rector. Siempre en Oviedo, en el Oviedo de Clarín y López de Ayala, combinando elementos para mantener una cátedra, compartirla con cargos públicos en la dictadura y... ser independiente.

Cuando los demócratas cristianos deciden colaborar abiertamente con Franco—hay ya de por medio conversaciones con los norteamericanos y varios créditos concedidos desde Washington—, Ruiz-Giménez y el conde de Vallellano, entre otros, son elegidos para tan ingrato papel. Joaquín Ruiz-Giménez habla sido, al igual que Torcuato, presidente de los Estudiantes Católicos durante la República. El joven ministro de la dictadura se empeña en conseguir algo en la cartera de Educación Nacional, que habían desempeñado primero Sainz Rodríguez—el que realmente sentó las bases de la enseñanza franquista— y después Ibañeta Martín. Torcuato es nombrado director general de Enseñanza Media. Ahora, se piensa, va a denunciar a un sistema sin libertades, él que es un liberal, pertrechado por la fuerza de un cargo público. Pero *El Tatu* calla. Acepta y calla. Su silencio le

lleva a director general de Enseñanza Universitaria. Pero previamente caería Ruiz-Giménez, su monitor.

TERCER SILENCIO

"Arriba escuadras a vencer...!". Un grupo de falangistas, entre los que está Manuel Fraga Iribarne, cantan brazo en alto ante la lápida del estudiante caído en el barrio de Argüelles de Madrid. Es una mañana de 1956. Después, unas escuadras suben por la calle del Marqués de Urquijo. Los demócratas—universitarios monárquicos, liberales, socialistas y comunistas— bajan pidiendo la supresión del SEU, el sindicato obligatorio. Hay un enfrentamiento. Al parecer, un policía de la compañía de la Policía Armada que está entre ambos grupos dispara, hiriendo a Miguel Álvarez, un falangista no universitario. Cae Ruiz-Giménez como ministro de Educación y Raimundo Fernández-Cuesta como secretario general del Movimiento. Torcuato calla, aún no es el momento de exponer su opinión política.

El nuevo ministro de Educación, Jesús Rubio García-Mina, supone una ruptura con los tímidos intentos liberalizadores de Ruiz-Giménez. Torcuato no dimite, calla y continúa. Es nombrado director general de Educación Universitaria. Había colaborado con Ruiz-Giménez, pero no era "ruizgimenista", ya se sabe.

Y en 1957 interviene el nuevo director general para imponer, una vez más, la represión en la Universidad—aquella a la que románticamente adoraba en sus años juveniles—, cerca con la Policía el Paraninfo de la Universidad de Barcelona. La desaloja, retira *carnets* del SEU, establece varios expedientes a más de una docena de universitarios. Es un hombre de la dictadura, aunque, sin duda, en sus ratos íntimos y casi secretos sea moderadamente liberal.

Hay una tenacidad norteña en la actitud de Fernández-Miranda, jamás dimite, lo cesan. Se aferra al cargo como el percebe a la roca. Está seguro de que su facilidad para dar forma jurídica a cualquier necesidad del sistema le hace imprescindible. *El Movimiento*—legaría a decir— es el aglutinante de todos los españoles de buena fe". Cuando es ce-

FERNANDO GONZALEZ

sado Jesús Rubio, Torcuato se encuentra otra vez con la confortable soledad de la cátedra.

Intenta un cargo—para no perder el ritmo, claro— en el Instituto de Estudios Políticos, donde se formaron casi todos los políticos del franquismo y del actual reformismo. Estaba vacante la dirección que dejaba el falangista Fraga para ocupar el Ministerio de Información y Turismo, pero hay muchos candidatos, y él... él es tan independiente.

CUARTO SILENCIO

Otro falangista, Romeo Gorria—"la sangre de los obreros de España es el trabajo, la semilla de nuestra fe..."—, se encarga del problemático Ministerio de Trabajo, después de la larga etapa "Girón". A *El Tatu* le adjudican la Dirección General de Promoción Social, para que haga práctica su teoría del "socialismo integrador". Lástima que el joven profesor de Derecho Político no consiga imponerlo. La solución al paro es, sin paliativos, la emigración. Mientras tanto se organiza la Promoción Profesional Obrera (PPO). Asegura, a quien quiere oírle, que "se está haciendo un desarrollo socialista del régimen". Nunca floreció tanto el capitalismo en ningún lugar de Europa como en los años sesenta españoles. Ha sido el paraíso del inversor. Un pequeño inconveniente: el control de salarios, la destrucción de cualquier movimiento obrero, la emigración y las divisas que ésta crea. Salvo eso, y que hay un índice de especulación y corrupción *in crescendo*, el "régimen se socializa". Y el régimen continúa matando. Cuando fusilan a Grimáu, Fernández-Miranda podría haber explicado sus creencias en la libertad, pero aún no es tiempo. *El Tatu* calla. Después se asoma a la televisión, ya en manos de Fraga, y asegura que *el pensamiento de José Antonio es socialista*. Ya se sabe, por aquello de "nacionalizar el servicio de Banca"... etcétera.

Después la cátedra en Madrid, las charlas con Fraga y Solís, buenos amigos y ministros, claro. Desde 1965 está cesante. Se enteró una mañana de que ya no era director general. La mañana en la que iba, como otras, a seguir poniendo en práctica "el socialismo". Es, junto con Gonzalo

ALGUNOS PERSONAJES

L A galería de personajes españoles es cada vez más rica en actitudes fantásticas, inesperadas: en ademanes, en gestos, en figuras. Hay como un sueño de la razón: brotan los fantasmas. Del mazo gris y embarrado que es el grupo senatorial de la UCD sale, como un alma regresada del más allá —del mucho más acá— don Torcuato Fernández-Miranda, y toma otra vez relieve. Abandona algo, una vez más. Algo en lo que —una vez más— nunca estuvo. No sorprende que se vaya del grupo de la UCD con el que nunca estuvo; sorprende que estuviera en el grupo de la UCD sin estar nunca en la UCD. Desde los largos corredores de derecha catacumbista surgen corrientes de aire que agitan sus pechos senatoriales. Con la voz ahuecada por la carátula de la tragedia, el personaje dice: "Yo no soy un lobo solitario...". ¿Qué manda va a ser ésta, sobre qué rebaño va a caer desde su cumbre, qué aldea va a asolar?

Apenas pasadas las temblorosas y misteriosas, agoreras, páginas del periódico donde esto se relata, llegan otras donde escribe Aitana Alberti. ¡La hija del mito! "Para ti, niña Aitana, — en estos años tristes, — mi más bella esperanza", escribía el poeta en los nombrados años tristes. He aquí lo que ha sido de su más bella esperanza: ante un amor final del poeta, le acusa de antemano de bigamia porque tiene una esposa que es la legítima; porque no puede admitirse "el matrimonio ahora de un hombre de setenta y cinco años con una jovencuela de treinta". La vieja y gran moral manda y no basta ser poeta y de izquierdas para escapar a ella. Ni aun la viudez, dice a Alberti su más bella esperanza, valdría ese "matrimonio" —las comillas son de ella—, puesto que un hombre que se casa con una mujer cuarenta y cinco años más joven que él está condenado por los sabios de la tribu: "es de los que definen los especialistas una 'folle a deux', un amor neurótico que, naturalmente, es al amor auténtico entre un hombre y una mujer lo que un huevo a una castañeta". La locura a dos de Salomón, o de Picasso, o de Casals... Alberti —Lear sin Cordelia— la consagraba, entonces, a su mar andaluz: "Encántamela tú, madre mar gaditana...". "Mostradme mares, muéstrame, mar familiar vivida — mis raíces que crecen cuando tú te levantas...". Una consagración, al parecer, sin éxito. Pero ¿dónde están los poetas andaluces de ahora...? En las comisarias. Son comisarios. Con una pareja de la Policía Armada, don Antonio Sanz Mayo mandó un poema a los periódicos de Vitoria: un poema dedicado a la Virgen Blanca. "El comisario describe en el poema sus sensaciones personales en estos días festivos".

Pasemos, pasemos páginas. Aquí está la fotografía de una jovencita, quizá retocada por el pudor del periódico. Se llama Bárbara, y anuncia su propio espectáculo, que también se llama "Bárbara", y tiene un subtítulo: "Aprenda a hacer el amor con...". Lo interpreta, dice el anuncio, la autora, "junto a un equipo de espléndidos profesionales". No especifica de qué son profesionales. Junto al anuncio exige buen trato porque es joven: "¿Se respeta y se ayuda a los jóvenes, como ahora tanto se dice, o el público, la crítica quiere ver sólo a los consagrados?". Porque ella tiene dieciocho años. "Bueno, estoy a punto de cumplir los diecinueve". Espléndida edad para enseñar a hacer el amor "con". Y el anuncio dice: "Dirección, Pablo Villamar". Un director sin duda consagrado: pertenece al equipo de Fuerza Nueva, y luchó denodadamente contra los espectáculos pornográficos, contra los que estaban frente a su religiosidad, contra los que desmoronaban la política que defiende.

Ademanes, gestos, figuras, personajes... La nueva galería española es inagotable. ■

POZUELO



rrero Blanco, en 1977, es asaltado a paraguazos por sus antiguos "cameradas".

nista del viejo dictador. "... nada importa la vida anterior". Claro que, en este caso, se van a colar, con la habilidad de Torcuato, los enemigos de Franco y de Carrero, los demócratas. El precio es sencillo: un año y medio de chucuilinas en las Cortes orgánicas, una pacificación de los sectores más furibundos, una entrega total y absoluta a los Estados Unidos, promotores del cambio —"estoy muy orgulloso de España", afirmaba hace unos días Carter, refiriéndose a este complejo país, como si fuese cosa suya—, y al final la recompensa: todo olvidado. Esta vez el precio no es una presidencia de un Banco, es un ducado.

Después de las elecciones, donde sale elegido Suárez, el mismo que un año antes Torcuato ha "conseguido" introducir en la terna que el Consejo del Reino propone como presidente al Rey, a *El Tatu* se le dan vacaciones. Un bien ganado descanso. Senador por designación real, como Cela, Olarra, Julián Marías o Miguel Primo de Rivera. Un sesto democrático en las bancas de la plaza de la Marina. *El Tatu* —al que algunos ya en plena irreverencia transformista llaman "Doña Rogelia" por el parecido con uno de los populares muñecos de Mari Carmen en televisión— mantiene un largo, nutritivo y esperado silencio. Piensa, medita, maquina, pero calla.

En los aldeaños del 18 de julio de 1978, cuando la Constitución está ya a punto y se prevén unas muertes —estabilización—desestabilización para apoyar el cambio?— reaparece la figura breve de Fernández-Miranda. Son unas declaraciones a Noroeste, de Gijón, que, sospechosamente, reproduce simultáneamente *El Imparcial*:

"Jamés —dice convencido— utilicé al Rey. Mis relaciones con Suárez no son buenas ni malas: son, simplemente, inexistentes". Se ponía en marcha, una vez

más, la hipótesis torcuatiana de que cualquier otro método "también es compatible con la legalidad". Y empezó el jaleo. *El Alcázar*, *El Imparcial*, algunos grupos extraparlamentarios insistieron en que "algo tiene en mente el profesor". Su adscripción al grupo UCD era puramente teórica. Estaba con Suárez pero no era, por supuesto, "suarecista". Ya se sabe, el profesor es esencialmente... independiente.

"O te callas o te vas", dice que le dijo Abril Martorell a *El Tatu*. ¿Callarse? ¿Ei? *El Tatu* es el silencio. Se calló, naturalmente, y se fue. Abandonó UCD, como a los falangistas, como a Ruiz-Giménez, como a los propagandistas, como a Carrero, como al asociacionismo, como al franquismo. Con paso firme y continente adusto, resaltando su independencia, que es el norte de su vida. Los expertos han comenzado a temblar. *El Tatu*, como un lobo solitario" está elaborando una nueva tesis. Se habla ya de un presidencialismo a lo Eanes. Sería Fernández-Miranda la pieza pulida, de encaje perfecto. Un presidente para ahogar a los partidos, como ya fue un secretario general del Movimiento para ahogar a los fascistas. Un eterno comodín.

"Las palabras y los actos de algunos miembros del Gobierno me producen no sé si admiración o perplejidad... —insiste en ABC—, no doy un paso sin medir lo que hago..., no soy un lobo solitario, porque una cosa es estar solo y otra estar aislado".

¿Será el repuesto para una operación presidencialista? ¿Funcionará, una vez más, la rueda del franquismo? No sería de extrañar que Fernández-Miranda, *El Tatu*, apareciese ahora con una nueva camisa, la camisa caqui, para jugar a presidente del Gobierno en nombre de la OTAN. Y no sería ésta su última camisa. Porque *El Tatu* sabe callar. ■ F. G.